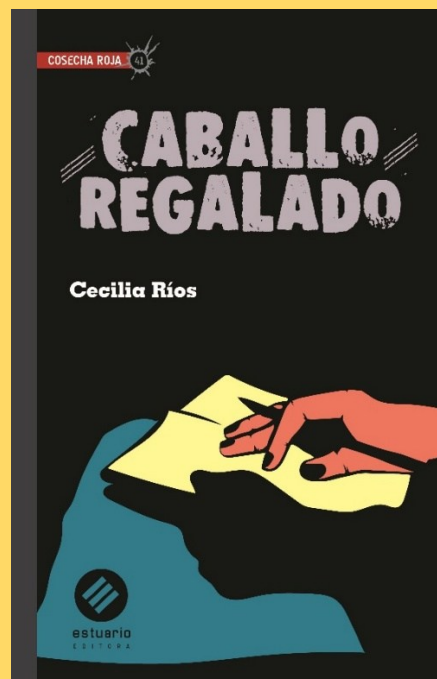


[reseña]

## El tono del delito. Sobre *Caballo regalado*, último libro de cuentos de Cecilia Ríos

Soledad Castro Lazaroff



La nueva colección de cuentos de Cecilia Ríos ostenta un envidiable sentido del humor. El trabajo con el género negro se siente original y, a la vez, respetuoso de sus referencias. En una literatura atada a cierta tradición que, en su versión uruguaya, puede resultar algo repetitiva —la ciudad como personaje, el desnudo de la clase media, la hipocresía aspiracional— es de agradecer el aire continuo de ironía que atraviesa este libro, sobre todo porque no alcanza del todo el cinismo, sino que, cuando las papas queman, resuelve sin problemas virando hacia el absurdo. La autora escapa de las filiaciones obvias oscilando entre tonos y motivos, aun cuando en su construcción de las escenas se vuelve evidente el manejo de los recursos de la narrativa policial: ahí están las estructuras graduales, medidas y precisas; la dosificación gota a gota del suspenso; la utilización de voces interiores que incorporan dimensiones psicológicas y nos orientan con calidad hacia el melodrama o hacia la comedia neurótica pos-Woody Allen.

Es que la obra de Ríos se caracteriza por una versatilidad de registros: novela, cuento breve, dramaturgia, poesía. En sus textos no son evidentes los rasgos de estilo, hay que buscar fuera de los modelos arquetípicos, de las encuestas de nivel socioeconómico y de los algoritmos técnicos. Como en otros de sus libros, en *Caballo regalado* los personajes se encuentran a medio camino entre el extrañamiento y la normalidad; son criminales —de mucha o poca monta— a los que nos termina costando juzgar o responsabilizar por sus acciones. Poner esa ambigüedad en evidencia traduce una ética crítica que se apoya en una especie de humanismo postmarxista reconociendo que, más que impulsos individuales, somos estrategias de supervivencia.

Así, este libro es estímulo para que nos enfrentemos a nuestros pequeños deseos morbosos; nos invita, con calculada humildad, a hamacarnos en un péndulo de distancia que hace que los personajes nos queden, a un tiempo, cerca y lejos. La oscilación formal se continúa entre modelos y ejes temáticos, lo que deriva en la construcción de espejos de conducta no del todo agradables, y por eso es un libro tan poco predecible, tan peculiar y entretenido. Atravesados por una dialéctica de asco y fascinación, al leer pasamos a ser cómplices de una mirada pragmática que nos mantiene alevosamente ajenos de cualquier énfasis dramático. Tómese un trago y juzgue usted, ya que mira conmigo: ¿qué haría si estuviera en ese lugar?

En el primer cuento, «Caballo regalado», una escritora se ve acosada, a lo largo del tiempo, por una amiga que pretende que convierta en literatura su propia historia. Pero es un regalo al que

hay que mirarle los dientes, y la fachada de la inocencia comienza a delatar un vínculo conflictivo, no exento de violencia. La tensión metalingüística se mantiene a flote con cuidado hasta que, en un gesto de enorme inteligencia narrativa, la «amiga» logra, gracias a su insistencia, convertirse ya no en un personaje que consigue su deseo, sino en la propia voz narradora. Es como si la prepotencia le hubiera servido para alcanzar el corazón de la estructura formal y apoderarse, así, del acto enunciativo. *Touché*.

La exposición de las personas de todas las edades y clases sociales a la hostilidad generalizada de sus pares y vínculos es, de manera clara, un eje temático. Hay un cuento llamado «Diecinueve años, sin trabajo, sin dirección» que empieza así:

«La chica del centro cultural escribió eso en la pantalla de la computadora, ¿sos del barrio, verdad? Y una mirada rápida, un parpadeo. Soy. Si no fuera no estaría acá, uno de esos pensamientos que pasan como un ratón atraviesa un lugar vacío, que la apoyan si algo la amenaza o la apura: la pregunta de un extraño, casi siempre, esas preguntas con dudas que la descolocan por un instante. Sin dirección, dijo; es más fácil que la larga explicación de cómo llegar a su casa (Ríos, 2025, p. 25).

El mapeo de las pequeñas dificultades, de las sutiles interferencias, es constante en el desarrollo de los conflictos personales, y en la necesidad de resolver el día a día tampoco faltan las trabajadoras silenciosas que se aprestan, sin nombre, a las tareas de cuidado: «Desde hace un año, una empleada tres veces a la semana alivia las faenas diarias y la relación con sus hijos ha mejorado (...). El dinero da solo para esos tres jornales y la empleada protesta si le cambia o el horario o el día de trabajo» (p. 51), explica la voz narradora en torno a la historia de Enrique, un veterano que debe cuidar a su propio padre enfermo —todo un caballo regalado— y que encuentra, en esa tarea, un infierno tan imbatible como elegido.

Varios relatos ponen el foco en esos caballos regalados, esas guiñadas del destino que parecen geniales pero que, en la interseccionalidad de las vulnerabilidades cotidianas, terminan siendo problemáticas. El límite de lo doméstico se va estirando hacia lo fantástico sin, de nuevo, pasarse de rosca, y se enmarca perfecto en un realismo lleno de grietas, negligencias y omisiones. Con gracia lúdica, la escritura de Cecilia Ríos se anima a experimentar con nuevas restricciones para alcanzar resultados distintos. En estos once relatos es posible reconocer que no ha parado de ampliar su repertorio de recursos y que puede deslizarse tranquila entre la utilización del monólogo interior —siempre austero, bien puntuado y prudente— y el uso perfecto del arte de la trama en primera y tercera persona, performando una tensión que, dependiendo del caso, encuentra —o no— lugares desde los que llegar a un estallido final.

Pero el trabajo obsesivo con el lenguaje nunca se siente forzado, más bien dialoga con un verdadero repudio a la solemnidad que le permite a Ríos construir un contexto uruguayo auténtico: son cuentos que pueden aspirar a sentirse naturales para múltiples habitantes de varias ciudades latinoamericanas, pero que en el tono, en los entornos y referencias sugeridas, dejan flotar una idiosincrasia uruguayana que se muestra, a la vez, tierna y temible. Esa autenticidad también remite a la potencia crítica de estas lecturas y construye verosimilitud, sin ceder un ápice de orgullo cultural a la pasteurización globalizada que, a veces, parece asfixiar nuestro campo literario.

Cecilia Ríos (2025). *Caballo regalado*. Montevideo: Estuario, 144 páginas.